

Ofreciase al descubierto, como Mélitta, en medio del espacio, donde todo cuanto rodea es amor. La chispa desencadenada entre nube y nube es un beso entre dos fuerzas eléctricas que se juntan; las inmensas evoluciones de los astros se llevan a cabo en virtud del amor; el polen, en su ciego viaje por los aires, por esa misma virtud del amor, halla siempre receptáculo de flor donde posarse; el perfume de las corolas es un afrodisíaco para el erotismo de las mariposas; el color de las plumas es un pijama elegante para el amor; el insecto que va de salvia en salvia, desflorando aquí un estambre y allá un pistilo, es un infame violador en la noche de las flores.

Y ahora, la casta lectora del alma impoluta se lava (me figuro), se seca, y apaga la luz.

5

Aquella noche Mélitta cantó una canción zingara que dice:

«Mis delicados pezones se harán túrgidos como las ciruelas silvestres, y yo que te los he entregado del todo, volveré a entregártelos todavía, mientras la pandereta de los crótalos de plata verterá en tu vaso de ajeno algunas notas de música.»

Una modistilla hubiera exclamado:

—Ahora me abandonarás.

Una estudiante de letras:

—Me has tratado como a una modistilla.

Una maestra:

—Me he conservado pura hasta ayer.

Una muchacha bien:

—Ahora soy yo como las demás.

Una hija de familia burguesa:

—Me has deshonrado.

Y después:

—Ya sabes tu obligación.

Y en seguida:

—O si no, se lo digo a mi padre y a mis ocho hermanos.

(Es curioso: ciertas muchachas, después de un incidente de este género, suelen tener más hermanos que antes de él. Es decir, que en lugar de traer hijos al mundo traen hermanos.)

Mélitta no dijo nada. Cantó la canción zingara: «Y la pandereta de los crótalos de plata, mientras tú me beses, dejará caer en el vaso de ajeno algunas gotas de música.»

Y sentándose en las rodillas de Mauro, pasándole un brazo por la espalda, le deslizó en su oído con el mayor secreto:

—Es preciso querer mucho a Mélitta.

La otra mano se alargaba sobre los rojos tizones de un brasero improvisado, agitando los dedos, y poniéndolos, cuando estaban casi quemando, sobre el rostro del amante.

A través de los cristales de la ventana, percibiase el agotado calor del otoño ya próximo.

—Un mulo—dijo Mélitta, accionando con el cigarrillo—le lleva a mi hermano las provisiones de leña. Estamos casi en otoño: yo me lo siento ya en los huesos. ¡Tienes el hociquito frío, pobre gato!

El reflejo de los tizones enrojecía sus perfiles, acentuando la negra sombra del rostro y del aposento: la turbia niebla, fluctuando fuera con vagas

apariencias de crepúsculo, ofrecía una especie de esgrima a la proyección soñadora de sus fantasías.

—Imaginate en esa niebla silenciosa—fantaseaba Mélitta—una fuga de luces, en dos hileras interminables que convergen al infinito; de cuando en cuando la violenta luz de un faro de automóvil pulveriza la niebla y la condensa en millares de gotas irisadas. Por la calzada de asfalto que ilumina la humedad, pasa gente y más gente, con impermeables calados, con paraguas que chorrean sobre los zapatos y que brillan un momento a la luz de los escaparates. Así veo yo, amo y siento la gran metrópoli. Andar, andar por la niebla, siempre recto, empujada por la corriente, y atraída por la doble hilera de luces; detenerse una en los escaparates, mirar las cosas bonitas, retratarse en los cristales como espejos; y andar siempre hacia adelante, hasta que se dejan los barrios elegantes y se llega a otros en que, si no se ve gente con gabán, sube en cambio a la nariz un democrático olor a castañas asadas. Los globos eléctricos no se acaban, sino que el rectilíneo se bifurca en otros paralelos, y una siempre, siempre adelante, por entre mesas de verdura y puestos de pescado, brillante bajo el cielo, entre la música de una pianola de bar y el resplandor del arco voltáico de un cinematógrafo.

Yo conozco esos cines de tercer orden, predilectos de la grey proletaria por sus rincones oscuros, debidamente acondicionados. Viejos carteles, amarillentas fotografías clavadas en el vestíbulo, películas medio rotas; un portero de voz aguardentosa y de raído uniforme ensalza el valor dramático de los films, ante un solitario vendedor de buñuelos que saben a acéite de lamparilla, o de negruzcas bananas en avanzado estado de putrefacción.

Y tú sigues adelante todavía, y pasas un puente sobre un río; todos los ríos de las metrópolis se parecen unos a otros: son ríos hipocóndricos, oscuros

todos ellos, con grandes reflejos de un verde vitriolo. En los bancos hay parejas de enamorados; y éstos se parecen también unos a otros; de noche, todos los gatos son pardos y todos los amantes son negros. Ves una pareja cualquiera, pequeña desde lejos; sigues caminando, te acercas, se agranda y queda a tu espalda; luego otra y otra, pero siempre parece la misma; crees haberle abierto paso unos minutos antes; y la que encuentras sobre un banco del Danubio, se te figura haberla encontrado ya sobre uno del Sena, o del Volga, o del Támesis. Cuando leo que se ha ahogado una mujer, creo reconocer en ella a una de las que ví pasear a lo largo de aquel río, con su amante, un joven que se detenía a besarla en las zonas de sombra, donde acaba el radio luminoso de un farol y no empieza todavía el del siguiente.

Mauro escuchaba a la narradora: pequeña sultana de las *Mil y una Noches* sabía evocar visiones de ciudades remotas, congestionadas de muchedumbre, en aquel negro albergue de caza, separado de los hombres, donde no había otro oasis de vida que el fuego de un brasero y el latido de dos pequeños corazones.

Callaba de cuando en cuando, conocedora de la gracia de las pausas y del valor musical de los silencios. Y en la nostalgia desbordante de sus palabras había un deseo de retorno a la gran ciudad.

Mauro formuló una pregunta precisa.

—Sí—suspiró ella después de una breve vacilación.—Una fatalidad hereditaria me empuja por el mundo. Soy nómada: soy hija de una zíngara. Mi madre pasó la infancia y la adolescencia en un carro de zíngaros húngaros. La raza zíngara tiene tradiciones, leyes, un rey al que todos obedecen, aunque caminen por opuestas sendas en el mundo; pero mi madre era de sangre real: y desobedeció hasta las leyes de su estirpe, casándose con mi padre.

Una canción dice: «La muchacha zíngara enamo-

rada de un hombre de otra raza es como una paloma vagabunda que quiere posarse sobre la punta de un puñal. Ella no puede sostenerse, y el acero le traspasa el corazón.»

Se enamoró de mi padre, que era agregado comercial en Viena y se escapó con él; se casaron; tuvieron dos hijos: mi hermano y yo. Las mujeres que dejan la caravana para seguir a un hombre de otra raza, tarde o temprano hallan su castigo; los zingaros poseen el secreto de venenos misteriosos, y preparan ciertos proyectiles especiales que llevan en su base un escudito de plata con un signo: el signo de la tribu; es una especie de firma. La tribu de mi madre tenía por signo un ojo entre dos cruces.

Pero ni en nuestra lejana villa de Shangai, ni en Calcuta llegaron a descubrirla. Una noche—habíamos vuelto a Europa y vivíamos en un piso bajo precedido de jardín—oímos un disparo.

Méllita se desabrochó. Y sacó la cadenita que colgaba entre su camisa y su piel y que arrastraba una especie de amuleto, un pequeño cono de plomo puntiagudo en su vértice y cerrado en la base por un escudite de plata.

Mauro lo examinó: estaba caliente por el calor de Méllita, y sobre el escudito veíase un ojo entre dos cruces.

—Herida,—continuó la narradora,—curó pronto. Pero un mes más tarde, en París, en un restorán nocturno, donde un zingaro auténtico dirigía una orquesta de falsos zingaros, atacaron la canción que dice: «La paloma vagabunda que quiere posarse sobre la punta de un puñal...»

Papá y mamá cenaban con mucha gente: oficiales, diplomáticos, actrices.

Mamá palideció. Se la llevaron desmayada. Durante todo el tiempo que estuvieron en París, ella salió rara vez, comiendo siempre en casa. Pero la mañana en que tenían que emprender su viaje,

fueron servidos por un camarero nuevo, que rehuía el hablar, y contestaba siempre con gestos y monoslabos.

—¡Calla, chiquilla!—y Mauro le tapó la boca con la mano.

—Murió casi de repente. El camarero desapareció: nadie supo jamás de dónde había salido.

La muchacha suspiró profundamente, cogió un cigarrillo entre sus dedos, y lo encendió en una de las brasas.

—Pertenezco a una raza errante: desde hace siglos, los niños nacen en los carros, que siguen andando por llanuras y valles, sin que les detenga el fausto suceso de un nacimiento: antes de venir al mundo han recorrido centenares de kilómetros y han dejado a sus espaldas centenares de países.

Mauro interrumpió:

—Y tu hermano...

—Sé lo que quieres decir. ¿Cómo llevando en sus venas mi misma sangre, en lugar de ser un vagabundo como yo, es un misántropo, inmovilizado como un cristal entre los hielos? Te lo explicaré: yo soy una mujer; fuerte, como mujer; fuerte para reaccionar, para defenderme; pero débil para reaccionar contra mí misma, para defenderme contra mi propia melancolía.

Mi hermano es fuerte, y no necesita ver panoramas vertiginosos de grandes ciudades, ni sumergirse en el océano de las muchedumbres para dominar su propio dolor. Él piensa como Nietzsche, que la filosofía es la vida mejor entre los hielos en la alta montaña; es la investigación de todo eso que hay de extraño y de enigmático en la existencia, de todo lo que ha prohibido la moral. Mi hermano sigue un régimen de soledad por higiene de su espíritu: él, por una necesidad de conocer a los hombres, se ha separado de ellos, y los observa desde lejos; yo, precisamente para no conocerlos, y no aficionarme a ninguno, conviví entre ellos. Y

de esta suerte el solitario misántropo y la inquieta vagabunda, están de acuerdo en un mismo punto, llegando a dos conclusiones simétricas y equivalentes: no ver a nadie para conocer a todos, y ver a todos para no conocer a nadie.

*
* *

¿Has entendido, lectora intelectual? Voy a repetírtelo: no ver a nadie para conocer a todos, y ver a todos para no conocer a nadie.

La explicación, en el próximo número.

Comprendo que esto no te interesa. Lo esencial para ti es que has comprado este libro para entretenerte, y que el corazón de Mélitta y el de Mauro «laten al unísono», como lees en las buenas novelas recomendadas por el *Corriere della Sera*.

Se me ha olvidado añadir que el color (violáceo, se entiende) del crepúsculo, y la niebla aumentaban el *pathos* (1).

El *pathos* es un producto del que se habla todavía sobre los rojos divanes de terciopelo de los cafés de provincia. A veces, cuando Ella saca el traje dominguero de su guardarropa intelectual, lo llama también él el *pathos*; sólo que creyendo que es un término francés, lo pronuncia *pató*.

*
* *

—¡Apaga!—ordenó Mélitta, dejando caer su falda de Diana cazadora y desabrochándose la túnica.

Mauro no obedeció. Tapado hasta los ojos bajo las mantas, asistía por tercera noche a la revelación de aquella sutil desnudez.

—Te mostraré una preciosa cosa—prometió ella.

(1) Dolor.

—Las cosas preciosas se ven mejor a la luz.

—Pero ésta se ve en la oscuridad precisamente. Y apagó la luz.

—¡Mira mis cabellos!—y se pasó el peine.—Atiende: ¿no oyes así como un leve rumor de azufre que se deshace entre los dedos?

—Es verdad. Lo oigo aún. Y el rumor sigue al peine a lo largo de los cabellos.

—¿No ves nada?

—Pequeñas chispitas. Es precioso.

Mélitta dejó el peine, y dijo con una parodia de misterio:

—¡Electricidad!

Se metió bajo las ropas, y sin dejarle volver de su asombro por aquella rareza zoológica, le cerró la boca con un tibio fruto de carne. Y no se lo quitó de la boca más que para sustituirlo por otro fruto de carne, exactamente idéntico, pero un poco más frío, por el poco rato que llevaba al descubierto.

—¡Basta!

Resbaló muy abajo, muy abajo, a lo largo del cuerpo de él, palpitante toda ella, acariciadora, adhesiva.

Dormían íntimamente enlazados en un nudo de miembros, en una mezcla de respiraciones, y su sueño era turbado por deseos irreprimibles, por visiones extenuantes, por la precisión de aplacar la última curiosidad de los sentidos.

Pero las abluciones matutinas en el agua casi helada, libraban a los nervios del exquisito envenenamiento de la noche de amor, y refrescaban las mejillas enrojecidas por el frotamiento del uno contra el otro. Y la serenidad transparente de la cuenca alpina, y el follaje frondoso, y los infondes precipicios, y el lago cerúleo, y el templo de nieve decorado de hielos, les acogían al salir del albergue, con una lluvia de colores y una bendición de luces.

A la embriaguez de amor seguía la embriaguez de pureza; sus almas iban ligeras, separadas, en la inocencia de la propia contemplación. Sentíanse

amantes ideales, o sea, oscuras fuerzas terrestres, que inconscientemente se elevaban por un momento de las profundidades subterráneas, para contemplar las estrellas, para pasear por los jardines colgantes del infinito.

Quien solamente se ha acoplado con la propia mujer o con una venus de cinco liras, no comprende cómo puede sentirse uno puro después de una noche de espasmos, cuando el aire frío de la mañana abre las pequeñas incisiones de los labios, producidas por los pequeños mordiscos en el gimiente frenesí de la noche.

A esperar a una amiga en la esquina de una calle, darle al cochero la dirección de una casa por horas, copularse y salir, la gente le llama también amor. Pero no es amor. Al acoplamiento, al verdadero amor, se llega inconscientemente, por grados, o de un salto; y cuando se recobra la lucidez de espíritu, no puede precisarse siquiera de qué modo se ha llegado a donde se ha llegado.

En el verdadero amor, la comunión de los cuerpos se lleva a cabo como la cópula de las flores, como las noches de los insectos.

¡Qué sublimes maestros de amor son los insectos! Y es más interesante ver cómo se aman los coleópteros, que cómo lo hacen las cortesanas, las actrices, los poetas, los eclesiásticos, los filósofos y los reyes.

—Me siento íntimamente tuya—confesaba Mélit-ta.—Mi vagar por el mundo tal vez no fuese más que una carrera en busca del hombre que me completara, una carrera en tu busca.

—¿No buscabas la soledad?

—Hay algo más hermoso que la soledad: la soledad entre dos. Existía en mí una enorme cantidad de amor en estado latente, y tú has sido lo que los fotógrafos llaman líquido revelador. Dejarás una gran huella en mi vida!

—Hablas como si fuéramos a separarnos mañana.

—Mañana, no, pero pronto. Nuestro amor ha sido un episodio tan espontáneo e imprevisto en mi vida, que no debe degenerar en hábito, ni degradarse en costumbre. Nos separaremos para que nuestro amor sobreviva. ¿Comprendes?

—No. Eso no son palabras: son símbolos, jeroglíficos, fórmulas de magia.

—Es preciso. Los otros amores pueden terminar en el concubinage o en el matrimonio, o en una serie de encuentros metódicos de tres horas al día, incluidos los besos, el paseo y el vermouth. Nuestro amor es distinto, por ahora. Más tarde llegaríamos a ser amantes como todos, y acabaríamos con la antipatía, o el aguantamiento recíproco, que es peor, o el matrimonio, que es el aguantamiento obligatorio. Yo he sido enteramente tuya, y lo seré unos días aún; y cualquier cosa que me sucediera no habré de producirte molestia ninguna, porque es posible que ni llegues a saberlo siquiera.

La mujer calló. Una casita blanca había aparecido de pronto, como en un salto. Un macizo rocoso la tenía oculta, como un nido.

—Mira—dijo ella.

Algunos escalones, abiertos en la piedra viva, llevaban a su puerta de ermita.

Mélit-ta lanzó un ligero silbido, y la puerta se abrió.

Una perra de pastor, ladadora, hermosa, socarrona y detectivesca salió al encuentro, y después de un detenido examen olfativo, les otorgó permiso, con grandes movimientos pendulares de su lanosa cola.

Un hombre como de treinta años, color aceitunado, pelo negro echado para atrás, y barba enmarañada, los acogió con un señorial gesto hospitalario. De un chaquetón de pana negra, apretado por un cinturón de cuero, salían el cuello de la camisa, extendido luego sobre el del chaquetón, y los puños blandos, admirablemente blanco todo ello, entre lo moreno de la piel y lo negro de la pana.

—¡Buenos días, Iluska!—y avanzó hacia su hermana, que le ofrecía la frente.

—Buenos días, Sándor.

Y presentó:

—El señor Mauro Mauri: mi hermano Sándor.

Sándor le tendió la mano y lo entró en la casa.

Había tres paredes cubiertas enteramente de libros. Hileras de obras en varios tomos; altos volúmenes, de gruesos lomos, revelaban el carácter científico de su contenido, destinado a largas meditaciones, y a frecuentes y repetidas lecturas.

—He estado esperándote estos días, Iluska.

—Te había prometido venir antes de que bajara al llano. Y mañana es la partida.

—No puedo ofrecerle más horizonte que este, señor—dijo Sándor invitándole a Mauro a asomarse a la ventana.

El lejano hielo incandescente, martilleado por el sol, despedía chispas.

—Parecen las cúpulas doradas de las iglesias rusas. He metido hacia dentro el alféizar de esta ventana, para no ver a mis espaldas otras cimas.

—Ilusión óptica.

—La más inocente de las ilusiones.

Sobre una mesita, sobre la ventana, numerosos libros sobrepuestos y abiertos, denotaban trabajo interrumpido.

Dos retratos. Una mujer idéntica a la que Mélitta tenía en aquel marco de tortuga, y una muchacha como de unos dieciocho años.

A uno y otro lado de la puerta, diversas fotografías de cosas húngaras.

—El último día que nos vimos, Iluska, no me hablaste del prometido de Donatella.

—¡Es verdad!—dijo Mélitta; y volviéndose a Mauro:—Donatella es una hermana nuestra, hija natural de mi padre, que después de la muerte de mamá la metió en casa. Pero la verdad—y se volvió a Sándor—te interesa bien poco, como a mí me

es también indiferente. El novio lo he visto yo en retrato: debe de tener panza y ser calvo, porque se ha hecho retratar en busto y de medio perfil.

—Si es cierto que en la evolución animal el cabello tiene que desaparecer, los calvos son precursores.

—Se llama... Mira qué bonitos nombres: don Cecilio Cacao de Capacaída, y pertenece a una de las familias más antiguas del Mediodía.

—Cuanto más antigua es la nobleza, más sospechosa.

—Procede de... de... de uno de esos países que exportan naranjas y agentes de investigación.

—Comprendo: donde el analfabetismo de su población llega al cuarenta y cinco por ciento. ¿Y quién ha proporcionado esa ganga?

—Ella misma. Se siente feliz al casarse con un *idón* que ostenta la magnificencia de su árbol genealógico. Los más famosos nombres pertenecen a la nobilísima estirpe de los Capacaída. ¿Federico II? Un Capacaída. ¿Musset? Un Capacaída. ¿Garibaldi? Un Capacaída. Hindenburg, Eleonora Duse, Lenin, Girardin... todos pertenecen a la super-raza de los Capacaída.

—¿Se casarán pronto?

—Cree que sí. El espera con ansia el momento de tener un hijo.

—¡Los hijos!—exclamó Mauro.—No he comprendido nunca cómo los padres sufren el descuido de echar hijos al mundo, de invitar a nuevos hambrientos a este triste banquete, harto ya de comensales. Los hombres hacen un hijo con la misma facilidad que toman un tranvía.

—Creen que hacen niños—dijo Sándor—y no piensan en que hacen hombres.

—Es la especie que tiene necesidad de perpetuarse—observó Mélitta, dirigiéndose a la ventana, y dejando solos a los dos hombres.

—Pero el individuo tiene el deber de disciplinar